

## SERMO DE TEMPORE BARBARICO. (C,G,S)\*

### CAPÍTULO PRIMERO.

1. La penitencia debe ser abrazada cuando Dios castiga por los pecados. Todos deben ser justamente contritos por el castigo de Dios. Nuestro Señor Dios nos advierte que no debemos ignorar nuestros pecados cuando muestra tal ira. Él justamente castiga al culpable, porque no encuentra a nadie arrepentido. ¿Cuántas veces, amadísimos, han resonado y resuenan las trompetas divinas: Haced penitencia; porque el reino de los cielos se ha acercado a vosotros (Mat. IV, 17)? Y con los oídos del corazón cerrados, más bien hacemos el mal y pedimos que vengan los bienes. Pero el Apóstol dice que el juicio de tales es justo. Porque en el mismo hecho de que quienes son tales piensan que pueden recibir bienes de malas obras, están endurecidos, no buscan el lugar de la penitencia. Justamente son juzgados, quienes se encuentran a sí mismos condenados. Aunque no todos son tocados por este nuestro sermón, todos sin embargo son constreñidos por el sermón divino, que dice: Todos se han desviado, todos se han vuelto inútiles; no hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno (Sal. XIII, 3). ¿Cómo todos, y cómo no todos? ¿Cómo no todos? Porque hay muchos que gimen y se duelen por las iniquidades que se cometen en medio de ellos, queriendo resistir; pero por temor a las cosas del mundo no se atreven, las cuales aún desea obtener la fragilidad humana, o teme perder la debilidad. Según lo que duelen, no todos: según lo que temen lo que no deben temer, todos se han desviado, todos se han vuelto inútiles; porque se estima más el temor del hombre que el temor de Dios, y los hombres prefieren las cosas que han recibido de Dios al mismo Dios. Para que no se las quite el hombre malo, se desprecia a Dios por quien fue hecho el hombre. Quisiera que vosotros, que aún sois tales, y por amor a las cosas del mundo perdonáis o favorecéis a los pecadores; quisiera amonestaros con algunas exhortaciones sobre qué debéis preferir a qué: si no fuera porque el río de lágrimas nos obliga a llorar por aquellos que pecan y no quieren hacer penitencia. Si tuviéramos afecto humano, si tuviéramos sentido de compasión, deberíamos llorar, dolernos y lamentar la muerte de un solo hombre: ¿con qué lágrimas, con qué gemido, con qué lamentos nos agitamos, cuando lloramos a la mayor parte o casi toda la ciudad? Un ser querido está enfermo, y su vena anuncia el mal; todos los que lo aman, enferman también en el alma. Si lo ven reír incluso en la muerte cercana, ¿cómo sienten que toda esperanza de salvación se ha perdido para él, y con razón lo lloran como muerto aunque aún esté vivo? Entre tantas angustias y en el mismo fin de las cosas está toda la provincia, y diariamente se frecuentan los espectáculos: la sangre de los hombres se derrama diariamente en el mundo, y las voces de los insensatos resuenan en el circo. ¡Oh llanto más aceptable que toda tristeza! ¡Oh llanto que aflige el corazón más que toda aflicción! Apetece llorar. Lloramos, amadísimos, por ellos y por nosotros, porque también nosotros somos dignos de ser justamente castigados con tales. Porque nosotros, mientras acusamos a otros; todos nos hemos desviado, todos nos hemos vuelto inútiles, absolutamente todos. Nadie está excusado; porque tal es el juez, que todo hombre es hallado culpable por él. Porque cuando el Rey justo se sienta en el trono, ¿quién se gloriará de tener un corazón puro? ¿O quién se gloriará de estar limpio de pecado (Prov. XX, 8 y 9)?

2. Ha llegado el tiempo que el Señor predijo: ¿Crees que cuando venga el Hijo del hombre, encontrará fe en la tierra (Luc. XVIII, 8)? ¿Quién tiene fe? ¿Quién cree en las palabras? ¿Se atreverá alguno de nosotros a atribuirse la fe, cuando escucha al Señor decir a los discípulos: Si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a este árbol, Desarráigate y plántate en el mar; y os obedecería (Id. XVII, 6)? ¿Quién se atreverá a atribuirse el hacer todo lo que Dios ha mandado? Nadie, absolutamente nadie. Predicamos, y no hacemos: escucháis, y no os preocupáis por hacer. Con razón todos bajo el castigo, tanto el maestro como el hacedor, tanto el oyente como el despreciador. Nos esforzamos por reprendernos mutuamente, y no

nos esforzamos por examinar nuestras obras. El prójimo critica al prójimo, el clérigo critica al clérigo, el laico critica al laico. Veo que se acusan mutuamente, pero no veo a nadie justificándose justamente. Porque cada uno, amadísimos, lleva su propia carga. No os critiquéis mutuamente, hermanos, dice el apóstol Santiago. Porque el que critica a su hermano o juzga a su hermano, critica la ley y juzga la ley. Pero si juzgas la ley, no eres hacedor de la ley, sino juez. Porque hay un solo legislador y juez, que puede perder y liberar. Pero tú, ¿quién eres para juzgar al prójimo (Santiago IV, 11-13)?

## CAPÍTULO II.

3. Hacer penitencia antes de que el árbol sea cortado. Sin embargo, las voces de los detractores no pueden imponer silencio a la palabra de Dios. Él clama a través de los buenos y de los malos: Haced penitencia, porque el reino de Dios se ha acercado a vosotros. No seáis solo oyentes de la ley, sino hacedores (Santiago I, 22). Haced frutos dignos de penitencia. Porque, dice el Evangelista, el hacha está puesta a la raíz de los árboles. Todo árbol que no da buen fruto será cortado y echado al fuego (Mat. III, 2, 8 y 10). Veo, dice, a todos los hombres como diversos árboles, teniendo también diversos frutos: pero se busca el buen fruto que alimente, no que hiera. Porque hay también árboles espinosos, destinados al fuego, mercedamente incendiados, porque en ellos no hay fruto del alma. ¿Pensáis, amadísimos, que todos somos tales, que hemos sido dejados en estos males por nuestros pecados? El agricultor afila el hierro, corta la madera inútil, la guarda cortada para ser quemada en el fuego. Esto es lo que ahora hace el verdadero agricultor. Los malos parecen aún estar de pie, aún florecer. Cualquiera que seas, si eres malo, si no quieres corregirte, no te consuele tu altura; porque te espera una caída mayor, y una llama más amplia te sostiene. Porque este hacha aún no ha venido a ti, ¿piensas que puedes permanecer siempre? cuando ves o escuchas que otros árboles más grandes que tú han caído. Que este agricultor te difiera, es por su paciencia, no sea que tal vez intervenga ante él el lugar de la penitencia. Porque aquel colono en el Evangelio, que intercedía por el árbol que el señor quería arrancar, porque no tenía fruto durante tres años, ved lo que dice: Señor, déjala también este año; haré un hoyo alrededor de ella, aplicaré un cesto de estiércol: si da fruto, bien; si no, la cortarás (Luc. XIII, 8, 9). Este árbol estéril es la raza humana que no tiene fruto de penitencia. Su señor es su creador. El intercesor de este árbol es el apóstol Pablo. ¿De dónde lo probamos? Escucha en una de sus Epístolas cómo intercedía por tales: Doblo, dice, mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, para que os dé fortaleza (Efes. III, 14, 16). Esto es lo que pedía para ellos, que recibieran lo que no tenían. Haré, dice, un hoyo alrededor de ella, aplicaré un cesto de estiércol. El hoyo es el lugar de la humildad: el cesto de estiércol son las lágrimas del penitente. Quien desprecie este lugar, sufrirá un tormento mayor, cuando sienta la herramienta afilada de ese agricultor. Haced, malos, penitencia; corregíos, malos, porque con vosotros son castigados también los buenos.

## CAPÍTULO III.

4. Por qué los buenos son castigados con los malos. Alguien dirá: Si los malos son justamente castigados, ¿por qué los buenos sufren tales cosas con los malos y por los malos? ¿Por qué? Porque en cierto modo se les llama buenos; pero según el bien recto y verdadero, Nadie es bueno, sino solo Dios (Luc. XVIII, 19). Por lo tanto, incluso esos buenos, quienesquiera que sean buenos, no son tales como deben ser los buenos: no son el bien perfecto; porque progresan de día en día. Si progresan, ciertamente progresan con ejercicios. Nadie se justifique a sí mismo, como si ya fuera perfecto. Que se retire de en medio el mal justificador pelagiano, que se confunda el hereje arriano: Nadie es bueno, sino solo Dios. ¿Qué entonces? ¿Cristo no es Dios? Claro que es Dios. Porque de él dice la Escritura divina: Este es el

verdadero Dios, y la vida eterna (I Juan V, 20). ¿Qué hay del Espíritu Santo, no es Dios? Claro que es Dios. ¿De dónde probamos que él también es Dios? Escucha en los Hechos de los Apóstoles a Pedro reprochando a Ananías el defraudador: Ananías, dice, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieras al Espíritu Santo? No has mentido a los hombres, sino a Dios (Hechos V, 3 y 4). He aquí también el Espíritu Santo es Dios. Por lo tanto, la Trinidad es un solo Dios: y es verdad que nadie es bueno, sino solo Dios. Sed pacientes, buenos, para que seáis verdaderamente buenos: sed pacientes hasta la venida del Señor. Soportad los males que sufrís de los malos con los malos; porque esta tentación es vuestra prueba. Si eres oro, ¿qué temes a la paja, qué temes al fuego? Estaréis juntos en el horno, pero el fuego convierte la paja en cenizas, a ti te quita las impurezas. Si eres trigo, ¿qué temes a la trilla? No aparecerás como antes eras en la espiga, a menos que la trilla separando de ti las pajas te muestre. Si eres aceite, ¿qué temes a la presión del molino? No se declarará tu calidad, a menos que también el peso de la piedra separe de ti la amurca. Sin embargo, que cada alma se interrogue a sí misma, y vea si sufre injustamente. Que se presente la balanza de la justicia, que se pese el amor del mundo con el amor de Dios, y vea cómo el amor del mundo prevalece. Que se presente el espejo de la Escritura divina. Este espejo no halaga a nadie: tal como eres, así te muestra a ti mismo. Atiende y ve, y si hay algo que ofenda, vete confundido, y regresa corregido. ¿No te confundes, y te glorias en tus males? Serás entonces un mal perfecto, no un bien cualquiera. ¿No quieres ser castigado con el mundo, o murmuras bajo el castigo? Mal siervo, ¿has hecho lo que el Señor mandó? Para que no seas azotado, estos castigos te los predijo antes. ¿Quién mandó? El Señor mandó, tu Creador mandó. ¿Qué mandó? El que ama, dice, a padre o madre más que a mí, no es digno de mí. He aquí lo que mandó. O, El que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí (Mat. X, 37). He aquí lo que mandó. ¿Y quién es, dice, el que odia a padre o madre o hijos? Ni siquiera él mandó odiarlos: pero mandó que se le amara tanto como a ellos. Deberías haber amado más al Creador que a la criatura; pero si no puedes preferirlo, al menos digna igualarlo. Verdaderamente amarías a tus hijos, si prefirieras a Cristo sobre tus hijos, y a ellos mismos los encomendaras a él. Verdaderamente amarías a tus hijos, si los amaras en aquel que te los dio para que los ames. ¿O es que los amas porque favoreces sus placeres? Escuchas blasfemar, y lo soportas pacientemente, cristiano, lo que el rey Nabucodonosor, extranjero, no pudo soportar, diciendo: Si alguien dice blasfemia contra el Dios de Sidrac, Misac y Abdenago, será destruido (Dan. III, 96). Ves frecuentar espectáculos, y no los reprendes. Ves a los lujuriosos, y no los castigas. Ni puedes mostrarte como un padre que esté dispuesto a desheredar o rechazar a los hijos indisciplinados, cuando deberías estar dispuesto como Abraham a inmolar incluso a tu hijo. Porque todo el que sacrifica los placeres de los hijos, ofrece a Dios un sacrificio como el de Abraham. Pero mientras estas cosas no se hacen, y con estas costumbres depravadas se crían mal aquellos que usan este mundo, el mundo se tambalea, y no sin razón dice el profeta: La tierra se desmorona, y todos los habitantes en ella (Isai. XXIV, 4). No cesan hasta ahora de murmurar los hombres, de alabar los tiempos pasados, de acusar los tiempos cristianos. Grandes eran los tiempos de nuestros padres, dicen: ¡oh cuán buenos tiempos tuvieron nuestros padres!

#### CAPÍTULO IV.

5. Que cada uno castigue y castigue los vicios en los suyos con el ejemplo de los antiguos. Pero ved lo que hicieron nuestros padres. Finees mató con su propia mano al hombre que sacrificaba a los ídolos, para aplacar la ira de Dios (Num. XXV, 8). Moisés, al pueblo errante que adoraba el becerro de oro, lo reprimió con una corrección tan cierta, que llamando a una tribu de las doce que quiso seguir a Dios, les dio el mandato de que, tomando espadas en sus manos, los hijos mataran a los padres, y los padres mataran a los hijos (Éxodo XXXII, 26-

28). Ningún afecto los detuvo, ningún lugar se reservó para la humanidad; porque el temor y el amor de Dios se anteponían a todo amor de deseos carnales. Jefté, para superar a los enemigos que sacrificaban a dioses y demonios, ofreció a su única hija en sacrificio (Jueces XI). Sansón, cuando las naciones demoníacas, con la fuerza que había recibido de Dios en su cabeza, las había combatido y fatigado por mucho tiempo, y seducido después por una mujer, había perdido los ojos y la fuerza de su cabeza, después de darse cuenta de que todos ellos se habían reunido en el templo de sus ídolos para su oprobio, y que magnificaban a sus dioses porque le habían entregado a su enemigo más feroz, cuando su cabello había crecido y con él su fuerza, pidió al niño que le servía de guía que le diera la mano, y pidió ser llevado a ese templo. Cuando llegó allí, tomando con cada mano una de las dos columnas sobre las que se sostenía todo aquel edificio, quiso ser oprimido por la ruina junto con ellos, para que no se permitiera escuchar las alabanzas de los demonios en detrimento de su Dios (Jueces XVI). Daniel, para no pedir nada al rey hombre, sino al Dios vivo, que concede todos los bienes a los suyos, fue dado como alimento a los leones en ayuno para que pereciera: pero el Señor, no abandonando a su fiel siervo, lo mantuvo intacto, y a través del profeta Habacuc alimentó tanto a él como a los leones (Dan. XIV, 30-40). ¿Qué diré de los tres jóvenes, que al no querer adorar la imagen del rey, se rieron de las llamas? En estos jóvenes brilló la gracia de tal manera que, atados, fueron arrojados al horno, y se les vio caminando, abriendo la boca y alabando a Dios, no admitiendo las llamas hacia ellos, sino rechazándolas: de modo que merecieron tener con ellos al Hijo de Dios, antes de que apareciera en el mundo en forma humana; para que la llama fuera su vengadora, y el horno devorara a los ministros de los caldeos; y sacados del horno ilesos, hicieron admirables a los pueblos, y cambiaron al rey, haciéndolo adorador de su Dios, a quien antes habían sentido como perseguidor (Dan. III). Pero todo esto lo hacía la fe, el temor y el amor de Dios. Estos odiaban no solo todo lo que tenían por Dios; sino también sus propias almas: y Dios los hizo aquí gloriosos y los enriqueció con la recompensa de la vida eterna. ¿Qué tal cosa, amadísimos, hemos hecho, o más bien qué males no hemos hecho? Ellos ni con amenazas ni con tormentos fueron convencidos de sacrificar a los demonios. ¿No ha sacrificado quien ha visto con gusto las imágenes de los ídolos jugando por la noche, lo que llaman Nocturno? Ha sacrificado, ciertamente ha sacrificado; y, lo que es peor, no una víctima de toro o de cualquier ganado, sino el mismo alma humana preciosa. En este sacrificio tan nefando no se acusa a uno o a pocos; toda la ciudad lo hizo, que toda consintió. Ni por enemigos, ni por bárbaros, sino por sí mismo, cada hombre se mató a sí mismo en el alma viendo, consintiendo, no prohibiendo; todos quedamos culpables: y mientras no queremos que se turbe la paz de la ciudad perversa, no recibimos la paz que deseamos recta. Despreciamos guardar la paz de las buenas costumbres, y pereció la paz de nuestros tiempos. Aprended al menos ahora, amadísimos, qué debéis preferir a qué. No améis los vicios en los hijos, en los amigos, en los siervos, en todos los conocidos. Que se anteponga el poder singular a todo poder, honremos al César como César, pero temamos a Dios. Que se prefiera al Creador sobre la criatura: amemos a Dios, porque nos ama; y en esto que así nos castiga, nos ama. Porque ¿quién es el hijo a quien su padre no disciplina (Hebr. XII, 6, 7)? Quien tiene sana consideración, quien cree en las palabras de Dios, teme más al fuego eterno que a la espada de cualquier bárbaro cruel; teme más a la muerte perpetua que a cualquier muerte aquí la peor. Que los infieles se burlen de esto, que los necios se burlen, que no quieran creer ni en las cosas experimentadas. He aquí que se destruyen, he aquí que todo perece, he aquí que con ellos no puede permanecer el mundo que amaron, he aquí que son llevados a Dios cuyas órdenes despreciaron: porque no va de buena voluntad quien muere blasfemando. He aquí que se va: cuando se ha llegado allí, ¿qué se hace? ¿A dónde se va? ¿por quién se va? ¿Quién se ve obligado a regresar aquí? Se ha terminado y lo que hizo mal, se ha terminado de enmendar. Volved, hijos, volved; volved, transgresores, al corazón (Isai. XLVI, 8): haced gozo con vuestra conversión, corregid

vuestros corazones, que os desagraden vuestras obras. Sed fuertes, que la tribulación del mundo no os quiebre: el Señor está cerca; no estéis ansiosos (Filip. IV, 5 y 6).

## CAPÍTULO V.

6. La fortaleza de los mártires, especialmente de Perpetua y Felicidad. Tenéis grandes ejemplos de hombres valientes. Los mártires vencieron al mundo: entre esos mártires, incluso se encontraron mujeres más fuertes que los hombres. Hace pocos días celebramos el natalicio de las mártires Perpetua y Felicidad, y de sus compañeros. Y aunque allí había muchos hombres, ¿por qué se mencionan estas dos sobre todos, sino porque el sexo más débil igualó o superó la fortaleza de los hombres? Una de ellas estaba embarazada, la otra amamantaba. Felicidad daba a luz, Perpetua amamantaba. Pero Perpetua amamantó solo hasta que recibió de aquel pastor y padre un bocado de leche: al recibirlo, la dulzura de la felicidad perpetua la hizo desprestigiar a su hijo, rechazar a su padre, no aferrarse al mundo, perder su vida por Cristo. Felicidad, que tenía a Perpetua como compañera, daba a luz y sufría, pero al ser expuesta a las bestias, se alegraba más que temía. ¡Qué virtud en las mujeres! ¡Qué gracia, que cuando se infunde, no considera indigno a ningún sexo! Gracias a la gracia: pues ha restaurado el sexo femenino. La mujer había quedado en gran oprobio; porque desde el principio, por la mujer vino el pecado, y por ella todos morimos. El diablo derribó a una Eva: pero Cristo, nacido de una virgen, exaltó a muchas mujeres. Perpetua y Felicidad aplastaron la cabeza de la serpiente, que Eva había admitido en su corazón. A Eva la sedujo con falsas promesas; a ellas no pudo vencerlas con su furia: a Eva la engañó en la felicidad del paraíso; a estas no pudo acercarse, ni bajo el poder de tantos. Se alegró de la caída de Eva entre las delicias del paraíso; pero de la constancia en la fortaleza de estas, entre los tormentos, el diablo mismo de algún modo se espantó. Con razón fueron exaltadas así, con razón igualadas o preferidas a los hombres. Pues aunque en Cristo Jesús no hay siervo ni libre, no hay hombre ni mujer (Gálatas 3, 28), sino que todos son uno al llegar al hombre perfecto (Efesios 4, 13); sin embargo, este don descende de una gran gracia. Perpetua y Felicidad, los nombres de estas santas mujeres, son la recompensa de todos los santos mártires.

## CAPÍTULO VI.

7. La paciencia de Job. También Job, conocido por todos, venció al mundo, tantas veces tentado, pero nunca superado. Cumplió el mandato del Señor: despreció a sus hijos, para no blasfemar contra quien se los había dado. Rechazó a su esposa, que le persuadía a blasfemar, a quien el diablo había dejado sola porque sabía que le era necesaria. No había dejado al marido una consoladora, sino una ayudante de su tentación: la había convertido en una nueva Eva, pero él no era un viejo Adán. Pensó que también a este, como a aquel, podría engañarlo a través de la mujer: pero este, despreciando a la esposa que le sugería lo peor, ayudado divinamente, también pudo superar al diablo en ella. Job fue más fuerte en los dolores que Adán en los bosques: este no cedió a los tormentos, aquel fue superado en las delicias. Veis, amadísimos, qué hace la tentación, cuán útiles son las presiones de este mundo, y cómo corrompen las delicias terrenales. Job despreció a su esposa, a sus hijos, a todo lo suyo, y después incluso a su propia carne. Amó más a quien le había dado todo, que a lo que le había dado. Usó lo que había recibido, como buen viajero: poseyó, no fue poseído. Pero cuando le agradó al que había dado, quitarle, bendijo, no blasfemó: El Señor, dijo, dio, y el Señor quitó; como al Señor le agradó, así se hizo: sea bendito el nombre del Señor (Job 1 y 2). Imitad a tal hombre, imitad a tales hijos incluso siendo azotados, para que merezcáis ser recibidos. Pues azota a todo hijo que recibe. Soportad su disciplina: como hijos, así os aborda Dios.

## CAPÍTULO VII.

8. La parábola del hijo pródigo. El costado de Cristo abierto, para que todos entren por él. Lo prueba aquel hijo menor puesto en el Evangelio, que despreció la disciplina paterna, derrochó su sustancia con prostitutas, cuidó cerdos, fue consumido por el hambre, no pudo llenar su vientre con las algarrobas de los cerdos: finalmente, regresó en sí, y encontró a quien había perdido. Le vino a la mente que muchos jornaleros de su padre abundaban en pan, mientras él perecía de hambre. Inmediatamente se levantó, corrió hacia su padre, rogó no ser contado como hijo, sino como uno de los siervos. La humildad se inclina, la misericordia se despierta: las voces del hijo penitente conmueven las entrañas paternas. El hijo se dice indigno, para que aquel lo juzgue digno; ruega ser recibido en el número de los siervos: y el padre ordena traerle la primera túnica, mata al becerro cebado, reúne al coro, llama a los amigos, hace un gran banquete. ¿Por qué? Porque este mi hijo, dice, estaba muerto, y ha revivido; estaba perdido, y ha sido hallado. Esta similitud propuso el Señor en el Evangelio, que él mismo explicó, diciendo que tal gozo se hace en el cielo por un pecador que se arrepiente. Ahora bien, ya que es tiempo de exhortar a todos al arrepentimiento, para que los hijos errantes regresen, y se les prepare el banquete del becerro cebado por el padre, también nosotros, amadísimos, estemos preparados para asistir a este banquete como amigos y domésticos: especialmente porque con este padre de familia, acercándonos a su mesa diariamente, ya no nos digna llamar siervos, sino amigos. Recorramos, si os place, la misma parábola propuesta por el Señor en el Evangelio, en la que nos mostró el afecto piadoso del padre, y el regreso del hijo perdido, y relató la conmoción del ánimo del hijo mayor que no había dejado la casa paterna. Esto es lo que contiene el texto de la lectura misma. Viniendo, dice, su hijo primogénito del campo, al oír la sinfonía, preguntó a los siervos qué era aquello: y le dijeron, Tu hermano ha regresado, y tu padre ha matado al becerro cebado, porque lo ha recibido sano. Y enojado, no quiso entrar. Salió entonces su padre a él, para introducirlo. Y le reprochó a su padre que siempre había trabajado con él, y nunca le había dado tales cosas: pero cuando vino aquel hijo que había consumido toda la sustancia paterna, le mató el becerro cebado. Y el padre le da razón de su hecho, y consuela a su hijo que permanece con él, que no ha dejado la casa, y le dice, Hijo, tú eres mío, y siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo: sin embargo, era necesario hacer esto, porque tu hermano estaba muerto, y ha revivido; estaba perdido, y ha sido hallado (Lucas 15, 11-32). Esta proposición del Señor no es en vano. Que nos conceda, pues, quien la propuso, que demos que fue cumplida por él, quien a través de una similitud nos incitó de algún modo a buscar algo. Nadie duda que nuestro Señor Jesucristo mostró afecto paternal a los suyos. Busquemos más bien, quién es el hijo menor, que viviendo pródigamente disipó la sustancia paterna, y quién es el hijo primogénito que se indignó porque al hijo perdido que regresaba se le mató el becerro cebado, y no quiso entrar. ¿Quién es este hijo perdido, que derrochó toda la sustancia paterna con prostitutas, sino aquel ladrón que, disipando la sustancia del alma dada por Dios, incluso colgó en la cruz? Cuidó cerdos, cuando con sus hechos cumplía los placeres de los demonios. Quizás cuidó aquellos cerdos que el diablo pidió al Señor, diciendo: Manda que entremos en la pira de cerdos (Mateo 8, 31). Fue consumido por el hambre, porque no encontraba el pan de la palabra de Dios. Deseaba llenar su vientre con algarrobas, cuando llenaba su alma con pensamientos tortuosos. Pero que regrese en sí, que el ladrón se vea colgando en la cruz, que corra hacia el padre, que diga colgando en la cruz: Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino. Señor, acuérdate de mí; no soy digno de ser llamado tu hijo, recíbeme como uno de tus siervos. Señor, acuérdate de mí. El ladrón, considerando sus méritos, desconfiaba de sí mismo: pero el Señor, como piadoso padre, ofrecía al ladrón como a un hijo lo que había desesperado. Que el padre le traiga aquella primera túnica, vista al hijo con inmortalidad, a quien ve colgando con él en la cruz, lo introduzca en la casa: diga Cristo al ladrón, En verdad

te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso (Lucas 23, 42-43). Mate al becerro cebado, aquel hombre asumido, incluso crucificado por los ladrones: llame a sus amigos, los discípulos a quienes decía, Si hacéis lo que os mando, ya no os llamaré siervos, sino amigos (Juan 15, 14-15). Prepárese aquel banquete celestial, esté presente aquel coro de ángeles, proclamando suavemente: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Lucas 2, 14). Venga también aquel hijo primogénito, y no quiera entrar. ¿Quién es este hijo primogénito que no quiso entrar, sino aquel primer apóstol Pedro, que a la pregunta de una criada en el atrio del sacerdote se atrevió a negar al Señor tres veces? Dijiste, oh Pedro, como a tu padre Cristo, Yo he trabajado contigo: cuando decías al Salvador, Estoy contigo hasta la muerte (Mateo 26, 69-74, 35); pondré mi vida por ti (Juan 13, 37). ¿Dónde está lo que prometiste? Se te pregunta una vez, y niegas; se te pregunta por segunda vez, y niegas; por tercera vez, y niegas. No quieres entrar al banquete, por eso te atreviste a negar al Señor tres veces. ¿Dónde está, Pondré mi vida por ti? No te aterrorizó la garra al negar tres veces, sino que una simple mujer te oprimió. Ciertamente, Estoy contigo hasta la muerte. Mira, mira entonces, Pedro, cuánto presumiste de ti antes: he aquí que ahora, negando tres veces, eres convencido por el testimonio del gallo. Pero que salga el padre al hijo primogénito que no quiere entrar: diga Cristo a Pedro, Entra en el gozo de tu Señor (Mateo 25, 21). Mire al que niega, y lo haga confesor: conmueva al que llora, lo haga amante. Lo exhorte con voz paternal: Hijo, dice, tú eres mío: Tú eres Pedro; aunque me negaste, eres mío. Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Tú eres mío, y todo lo mío es tuyo: Te daré las llaves del reino de los cielos (Mateo 16, 18-19). En ti, Pedro, están las llaves: dignaos ya entrar al banquete. Era necesario hacer esto, porque tu hermano ladrón estaba muerto, y ha revivido; estaba perdido, y ha sido hallado. Si Pedro, antes de que Cristo fuera crucificado por todos, recibió las llaves del reino de los cielos; ¿por dónde entró aquel ladrón ya no culpable, sino por el costado que abrió el judío?

9. Y ahora vengan todos los que aman el paraíso, lugar de descanso, lugar de seguridad, lugar de felicidad perpetua, lugar en el que no temas al bárbaro, en el que no sufras adversario alguno, no tengas enemigo alguno: venid todos, entrad todos; hay por dónde podáis entrar, está abierto el costado. Pues aquel ladrón mostró por dónde deben entrar todos, no enseñó a nadie con su ejemplo a desesperar.

## CAPÍTULO VIII.

Sobre evitar la herejía arriana.---Esforzaos, dice el Señor, en entrar por la puerta estrecha (Lucas 13, 24). ¿Qué más estrecho que aquel orificio, que uno de los soldados al herir el costado del crucificado abrió? y sin embargo, por estas estrecheces casi todo el mundo ha entrado. Venid, también vosotros judíos, os llama el Hijo de Dios a quien crucificasteis. Esforzaos en entrar por la puerta estrecha: por esta entraron vuestros padres. Aquellos que clamaron para que fuera crucificado, que lo vieron colgado en el madero, que se burlaron, que movieron la cabeza, por estas estrecheces entraron. Pues no en vano clamaba aquel colgando en la cruz: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas 23, 34). Por estas, pues, como dije, estrecheces, por la puerta estrecha del costado de Cristo entró el ladrón cambiado, el judío penitente, el pagano convertido, y de él salió el mal hereje arriano. Salió, porque no era del número de los que permanecen. Pues de aquellos era, de los que Juan dice: Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros: si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros (1 Juan 2, 19). Oh hereje arriano, el ladrón reconoce al que cuelga en la cruz, los enemigos judíos temieron al resucitado, ¡y vosotros maltratáis al que reina en el cielo!

10. Cuidad, amadísimos, de la peste arriana; no os separen de Cristo prometiendo cosas terrenales, no os despojen de la fe por la túnica. Miembros de Cristo, conservad la unidad e integridad de una sola túnica, que ni los perseguidores de Cristo se atrevieron a rasgar. No inflijáis injurias a vuestra cabeza: por vosotros murió él, para que no murierais. A quien Cristo vivificó por el Bautismo, ¿por qué lo mata el arriano rebautizándolo? Avergüénzate, avergüénzate, hereje. Pedro negó, y regresó, y llorando borró lo que negó por temor. Pablo persiguió a Cristo en los suyos, pero a su voz cayó y se levantó. Cayó de una manera, se levantó de otra: cayó como perseguidor, se levantó como predicador. Los reyes persiguieron a Cristo en los cristianos: pero mucho les beneficiaron, cuando los miembros rápidamente se trasladaron a su cabeza. Nadie inflige tales daños a Cristo como tú: pues deseas matar las almas de muchos, por quienes Cristo vino en carne a ser muerto. Avergüénzate, avergüénzate, hereje. ¿Por qué repites lo que se da una vez? Cristo ya está dentro en sus miembros, no quieras rebautizarlo en estos. Pues una vez por todos se dignó él mismo descender al agua con Juan (Mateo 3, 16). Cristo redimió las almas, guardad lo que él redimió. A Cristo íntegro asignad la heredad íntegra. Nadie invada, nadie consienta al invasor: que nadie borre el carácter del Señor, que nadie deposite los títulos de Cristo. Daréis cuenta al Señor rey, buenos siervos, se os ha dado la ocasión de obrar bien. Abundan los peregrinos, los cautivos, los despojados. Hacedos amigos con el mamón de iniquidad, para que ellos también os reciban en las moradas eternas (Lucas 16, 9).